

CELCIT. Dramática Latinoamericana 191

SOLO LOS GILES MUEREN DE AMOR

César Brie

PERSONAJES: 1

Flaco, ¿cómo era esa canción que cantabas en navidad? En la escuela, ese villancico...

Desorejado...

Te hubiera gustado dirigirte el funeral. Una carroza con caballos blancos. Delante una gaita tocando música alegre, detrás todos tus amigos, formando una murga, cantando: no es cierto que se ha muerto el flaco, chacapum, el flaco chacapum, el flaco chacapum...

La canción, flaco, al menos, antes de irte del todo, acordátela. Te gustaba, era hermosa. (Canta).

No van a tardar. No van a venir muchos, pero sí los mejores. Tu madre, tus hermanos, alguna novia, tus amigos de escuela, un compañero de trabajo.

Los interesados no van a venir. Los que planean sobre cuanto funeral haya en vista para saquear algo del muerto, para llevarse alguna corbatita, la caja de preservativos, las cartas que escribías para leerlas y cagarse de risa en grupo.

Esos no van a venir, si estabas en la ruina. Tuviste apenas donde caerte muerto.

Dichoso vos, pibe. Te vas al hoyo tranquilo, habiéndotelo gastado todo, sin hembra que sufra ni hijo que lllore. Casi en bolas como aterrizaste cuando una puta te parió.

El gordo Mendez, él va a venir. En la escuela, ¿te acordás? Ochenta kilos a los catorce años. ¿Qué carajo le daban de comer a esa bestia?

"Flaco, si me dejás copiar te invito una hamburguesa. Flaco resolveme el problema... Flaco, te voy a reventar en el recreo si no me decís cual es la capital de Venezuela... ¿Tegucigalpa?... Gracias flaco, sos un amigo, sos un hermano, sos un pan."

Y luego, en el recreo, tuviste que escaparle una semana para que no te masacrara. Hasta que te arrinconó en el baño y te hizo silbar apretándote las bolas.

"Flaco, silbame el himno nacional... No, flaco, algo más fácil, a ver... la cumparsita. Sos un desastre flaco, silbá el Danubio Azul. Parala, flaco, ¿nunca te dijeron que sos un desorejado?"

El gordo era de oro. Como defensor en el equipo de fútbol era impasable, no podía moverse pero no importaba. Para pasarlo había casi que dar la vuelta a la manzana. Y en la clase te defendía, porque como eras estudioso los más vagos te odiaban. Y quien se iba a atrever a pelear con el gordo...

Que venga el gordo al menos, así, para no llorarte nos ponemos a decir huevadas y nos divertimos un poco a costa tuya... Como aquella vez en que todos fueron al burdel y vos te escapaste, y por un año nadie te sacó el apodo de marica. El flaco maricón que raja de las putas. Méndez te daba la razón, pero no podía decirlo. Si no a él también lo tildaban de mariposa, de marica. Nosotros lo sabíamos ya desde entonces. El amor no es solo la concha. Claro, la concha ayuda, tiene su encanto, su aroma, su calorcito. Pero el amor es otra cosa.

Se llamaba Adela la esposa de Méndez. Adela Juárez, mejicana. Linda hembra pero más jodida que Pancho Villa. El gordo no se repuso cuando su mujer se fue. Se dejó andar, empezó a chupar y perdió todo. Se hizo putero, despilfarró todo en prostitutas. "Mejor que te la chupe una mujer porque le pagas que chupársela a una mujer que te pega". Así decía. Pero él no le pegaba, era manso Méndez. Era ella que le daba con lo que tenía a mano, con platos, escoba, plancha. Será una costumbre de las mejicanas, vaya uno a saber.

El gordo se pondrá el traje, la camisa, la corbata. Comprará un ramo de flores y

se caerá por aquí con los ojos lúcidos y la jeta fruncida para no llorar. Y te dirá: "Guacho, ¿por qué vos primero, por qué así? Pero cómo flaco, si vos eras inmortal, eras brillante, tenías diez en todas las materias, todos nos esperábamos verte salir en los diarios como escritor, hombre de opinión, caga mierdas. ¿Qué hiciste de tu vida? ¿Por qué dejaste la universidad para hacer títeres y política y te fuiste de la capital para ir a romperte el lomo en las provincias? ¿Quién te dijo que eran necesarias tu opinión y tu acción para cambiar las cosas? Si son mil años que no cambian. Vos te arruinaste la vida, te identificaste con la mugre y terminaste enmugrecido, sin un mango, fuera del país por años, comiendo caca entre un pegoteo de afiches y una manifestación de protesta. Cambiar el mundo. Flaco huevón, hubieras debido empezar por vestirse mejor. Es más fácil vender una enciclopedia que transmitir una idea. Todo por la causa. Esa fue la causa de tu úlcera, de las complicaciones, de la faena que te hicieron los doctores dejándote el estómago del tamaño de un poroto, obligado a tomar lechita como los críos, y vos infeliz, siempre en la brecha"...

Méndez no podía entenderte. Es buen tipo, pero piensa sólo en la comida. Cuando su enamorada lo besó por primera vez le vino hambre. Su programa era invitarla a comer hamburguesas. Si llega a venir, el gordo te va a romper las bolas.

Mientras que vos se las rompiste a tu vieja. Genial estuvo, morirse antes de que llegara rosario en ristre y con un cura en la cartera. La desilusión que tuvo al no poderte confesar ni darte la extremaunción. Creía que agarrándote en las últimas te iba a ablandar y se iba a sacar el gusto. Iba a regresar a casa con un hijo en el purgatorio al menos, algo así como haberse salvado del descenso. Mientras que ahora, flaco, ni Dios te salva del infierno. ¿Qué podés hacerle si tu vieja es creyente? ¿Matarla? No flaco, lo máximo fue lo que hiciste. Estirar la pata diez minutos antes de que llegara con todos los arneses, la musiquita, el coro, el monaguillo, la sotana, la hostia, la biblia, la pechera.

"Eso es teatro nene, no el que vos hacías. Los curas entendieron todo. ¿Nunca fuiste a misa? Vanguardia, están en la vanguardia".

Luces, cantitos, te debilitan con el ayuno, te hacen participar, te cobran y el estado les subvenciona buena parte de sus shows. Show must go on: ite misa est. No es nada personal, vieja, pero no creo en la extremaunción. No puedo creer que basten dos gotas de aceite en la frente de un moribundo para justificar su existencia. Si una extremaunción existe, es el óleo de la nobleza con que realizamos los actos más importantes de nuestra vida.

Salgamos, flaco, por una vez salgamos juntos. Estamos en Dolores, tu pueblo. ¿Quién fue el que dijo que la patria del hombre es su infancia? ¿Sentís el olor de los tilos? ¿Y el viento que los mueve?

Calma, paz, eso necesitabas antes de morirte. Una hamaca entre los tilos y el aroma entrando en los pulmones cansados. Te hubieras muerto solo, pero con dios. Dios con minúscula vieja, porque el tuyo parece el gerente de un supermercado. Todo leyes, deberes, ganancias. Hubieras estirado la mano, y acariciando la hierba húmeda hubieras creído que era la cabeza de Tigre, tu foxterrier bastardo, y que era él quien te lamía la mano.

¿Dónde estamos? Estamos frente al cine, el cine Gloria, donde entrábamos la matiné de los viernes cargados de pastillas duras, y meta tirarlas en las cabezas de los demás. Entrar al cine era una aventura. Con los acomodadores que te perseguían entre las butacas y cuando te agarraban te ponían contra la pared y te registraban de arriba a abajo y si te descubrían proyectiles te echaban a patadas y ni siquiera te devolvían el boleto. Y cuando te colabas en las películas prohibidas. Doble programa: Hotel Alojamiento y La Mujer de mi padre con Isabel Sarli.

Con la escena del taxista que vendía la rueda de auxilio para poder pagar el hotel a horas y la Isabel que de culo a un árbol bailaba y se meneaba sacudiendo las tetas. Y vos te dormiste flaco, roncabas. La excitación te duró solo media hora. Te tuvieron que contar el final de la película.

¿Dónde vamos ahora? Al estadio, ¿te acordás?, cuando aprendías garrocha y salto en alto. Aquella vez en que el profesor, para mostrarte la técnica te alzó en sus brazos... tenía el cuerpo caliente, y vos te sentiste casi desmayar y te pusiste colorado. No era algo sexual. Era sólo que hacía tantos años que nadie te

abrazaba, y era bello, hermoso.

Y jugando los domingos, entre pinos y dunas, riéndonos de todo, gozando de cualquier cosa. Haciendo competencia con el dedo, a ver quien era llevado más veces por los coches de los turistas.

Y veíamos pasar a los adolescentes, serios, engominados, tristes. Y jurábamos no ser nunca como ellos, y no comprendíamos de donde les venía tanta tristeza.

Claro, es que entonces nunca habías acabado, nunca habías eyaculado. Aún no conocías esa potencia, ese placer, ese dolor absoluto que provoca saberse solo y descubrir que cuerpo y alma han sido hechos para conocer a una mujer.

Y morir solo, al fin de cuentas, debe haber sido bien triste. En el fondo de vos mismo, allí donde reside lo inexplicable, lo que no puede decirse, desayunabas con tu tristeza, le pintabas los labios, le arreglabas los cabellos y la vestías de soledad para que te acompañara entre la gente. Ya no te bastaban tus ideas, tu trabajo, tu solidaridad, los que habían compartido tus fatigas ya no estaban.

Habían renunciado, se habían ablandado, se habían puesto a criar barriga, status, hijos. Porque amaste tanto, flaco, demasiado para haberte quedado solo como un perro. Tal vez en eso pensabas cuando compraste la cuerda y un día decidiste ver lo que se sentía siendo péndulo, y así te encontraron, balanceándote, con la lengua medio metro afuera, los pantalones cagados y el último polvo en los calzoncillos. Un modo jodido de hacerse la paja... La paja... ¿Puedo?

La primera vez que acabaste, te estabas cogiendo una almohada pensando en Susana, una mujer que los ayudaba en la librería de tu viejo. Sentiste de repente un apretón en las bolas, como si algo se hubiera roto dentro de vos. Corriste al baño y te miraste el bicho, todo húmedo, y pensaste que dios, el del supermercado, te castigaba y caíste de rodillas y te pusiste a rezar, a pedir perdón por tu pecado, jurando que no volverías a hacerlo nunca, nunca más, y a la noche siguiente de nuevo cabalgabas la almohada. Claro, los rezos se acabaron al tercer día, pero vos deberías estar en el Guinness como el adolescente que en el mundo se ha cogido más almohadas.

Pero no fue eso a cambiarte la vida. Fue el día en que asististe a una conferencia donde un huevón sostenía que se podía hacer algo para cambiar las cosas.

Hablaba del hambre en el mundo, con paneles y estadísticas. Y al final dijo que quien quería podía participar en los trabajos de ayuda. Construir escuelitas, casas para pobres, esas huevadas. Y allí empezaste a sentirte indispensable, a creer en una causa, a ponerte las anteojeras y ver el mundo por su lado derecho, sin darte cuenta que a todos lados llega la gente por camino retorcido. Sino, ¿por qué será que votan siempre a los más grandes hijos de puta?

Pero no se trataba de sentirse indispensable. Era sólo de tratar de vivir de acuerdo con la propia conciencia. Sabías que el mundo era una mierda y querías quitarla, palear la mierda fuera del planeta. Vos no inventaste la miseria y la injusticia, ya estaban. Vos debías sólo decidir si te importaba hacer algo para reducirlas. Y así te fue, bien, en el fondo, porque desde lo alto de tu muerte no le bajás la vista a nadie. Y compartiste con los demás el pan de tu derrota.

Y el exilio, flaco, fue casi una fortuna. Vos, flaco, conociste otros países, otra gente, otras realidades, mientras que los que se quedaron tuvieron que ajustarse el cinturón y comer mierda, sin poder hablar, para no irse de la vida con la boca cerrada por tela adhesiva, alambres en los pulsos y un agujero de bala en la nuca.

Vamos, flaco, vos nunca fuiste un cómplice, ni una estatua, tu tiempo fue el tiempo de tu tierra, de tu nación. No te escondiste detrás de los espejos. Tuviste dignidad, a pesar de que hoy pareciera que la dignidad vale menos del hueso de un puchero. Vamos. flaco, seguí recordando tu infancia, viva para siempre tu vida.

Luego fue la muerte de tu padre, flaco, que tal vez, si no se hubiera muerto entonces, ahora no te daría ni la hora. Nunca se sabe. Pero tu viejo se murió cuando tenías quince años, y necesitabas contarle a alguien de las almohadas que te cogías, de las mujeres que te gustaban, de las ganas de fumarte un cigarrillo. De que te acompañara a ver a los Beatles. Vamos viejo, son fabulosos, tenés que verlos. Pero no. Ahí estaba tu viejo, cada vez más flaco, devorado por el cáncer, con los libros que se le desfallecían en las manos. Y aquella vez en que quisiste decirle, cuando ambos sabían de su muerte inminente, que él había sido importante para vos, que lo que te dejaba era una fortuna dentro tuyo, porque

te había enseñado el respeto a los demás, a ser lo que decías y a decir lo que hacías, que no hubieras podido soñarte un viejo mejor, y te salió una boludez, algo como: "Viejo, si te morís ahora no importa"... y te fuiste corriendo a llorar donde no te vieran. Claro, tu viejo tampoco era perfecto. Como el día en que venció la timidez y te llamó serio a su habitación para darte una clase de educación sexual, y empezó diciendo: "Hijo, lo que vos llamás poronga, pija, choto, verga, se llama pene, y lo que llamás concha, cajeta, cachucha, coño, se llama vagina... y no pudo seguir porque te pusiste a reír a carcajadas, creyendo que finalmente se había deschavado y quería contarte un cuento verde, de esos que con tus amigos se contaban desde los siete años más o menos, y vos tenías trece, estabas empezando con el traque traque a las almohadas, y tu viejo te dio un cachetón y te echó de la pieza.

¿Qué culpa tenías vos de que nunca te hubieran hablado del sexo? De haber crecido como si hubieras nacido vestido, avergonzándote de tener un pito o un culo. De que te explicaran la sexualidad con el ejemplo de la flor con el polencito y el pistilito que se fecundan y dicho en forma tan tímida que terminábamos por creer que hacer el amor era algo sucio y que las margaritas eran unas putas.

Y del burdel en la casa no se hablaba. Hablabas sólo entre amigos; pendejos de once, doce o trece años que cabalgaban una mujer durante diez, quince, veinte minutos hasta que ésta se cansaba y les decía: "Nene, se te acabó el tiempo, vestite".

Claro si aún no tenían leche, qué iban a acabar. Y a veces con el tío o el papá orgulloso que los esperaba en la puerta. Eso era ser machos, eso era ser hombres.

Y en la casa de todo esto no se podía hablar. ¿Cuántos años tardaste en quitártelo de encima? ¿En descubrir que tu timidez, candidez, respeto, eran justos? Que no es lícito hablar de una mujer como se habla de una vaca.

Ahora, te lo vas a encontrar a tu viejo, porque tu viejo es uno de tus dioses, con minúscula, te lo vas a encontrar paseando donde carajo sea que pasean los muertos, entre las nubes, en el arco iris, en las cloacas, en todos los lugares

donde ambos fueron niños, y verás el abuelo que no conociste, sus amigos pequeños y te volcarás hacia atrás en el tiempo y la memoria. Pero tu viejo te reprochará lo que vos mismo te reprochaste siempre, tus quilombos con las mujeres, porque él fue hombre de una sola y vos, flaco, deshojaste demasiadas margaritas.

Solo a un huevón como vos podía ocurrírsele de enamorarse de la única mujer que no te amaba. ¿No te bastaba la fila de hembras que no deseaban otra cosa que las llamaras, que las sacaras a pasear y las ensartaras en un parque? No, tenías que complicarte la vida, más aún que con la política, cuando hablabas en nombre de oprimidos que ni te daban la hora, y te hacías el macho con los que tenían poder y dinero para dejarte sin teatro, para hacerte emigrar de un lado para otro, con tu quimera, llevando tus títeres y representando para pibes las funciones de siempre... El teatro, los títeres, no era bohemia. No era un oficio. Era más: un destino para aquellos como vos, que lo quieren todo: expresar y vivir. Contar una historia y ver la jeta abierta y admirada de aquellos a los que le cuentas la historia.

Éxito, fracaso, qué palabras de mierda. Se trataba de hacerte comprender, de remar con el público en el río de la vida. Los poetas viajan hacia dentro, pero los titiriteros, los saltimbanquis, los actores, cuando son buenos, viajan al mismo tiempo hacia adentro y hacia afuera.

Y al final de tu vida los críos gritaban y te comían crudo, porque ya estabas débil, enfermo, y el enamoramiento te asesinaba. ¿No podías dejarte de joder y buscarte otra? No pedías pedir ayuda, escribir un anuncio en los diarios: soy inofensivo, soy bueno, quiéranme por favor, la tengo grande así, conozco el Kamasutra de memoria, soy rico, me gano la vida con mis títeres, paso el sombrero, y de vez en cuando me pagan la función completa.

No, flaco, hoy se mueren de amor sólo los giles, y vos lo eras. La esperabas a la salida del trabajo sin hacerte notar, porque muy gentilmente ella te había dicho que te fueras a la mierda. Ponías pétalos de flores en el zaguán de su casa, para que sin darse cuenta, al regresar, ella los pisara. Ibas a los cafés donde ella iba, y fingías que era casualidad encontrarla, y ni atinabas a dirigirle la palabra. Ella

te miraba con simpatía, es cierto, pero la simpatía que se tiene por el perro del vecino, pero vos, infeliz, interpretabas cada mirada, cada sonrisa. Hasta que un mal día se te ocurrió contárselo. ¿Como fue que le dijiste?

"Mariana, yo la veo sólo a usted". Ni la tuteabas. "Ayer tenía un vestido a lunares. Antes de ayer pantalones rojos y polera gris. Y el martes diez del mes pasado fue a bailar con un vestido negro con manchitas blancas y zapatillas oscuras, y se me cortaba la respiración al verla".

Y después de haberla aterrorizado describiéndole el ajuar de un año agregaste: "Yo la amo, desde hace más de un año. Nunca le dije nada porque creí que usted tenía novio, pero he sabido que no está comprometida. Quiero decirle que nunca me pasó esto, que estoy como un niño enamorado de su maestra. Usted es todo para mí: el universo, la galaxia, Mahoma, Manitú, la plantilla del pie plano. Si me permite le hago un hijo, le pinto la casa, la llevo al cine, de picnic, aunque sea déjeme acompañarla al tranvía en la mañana, o llevarla al parque el domingo, o invitarla a una cerveza".

Y cuando ella estaba por gritar pidiendo ayuda, por esas intuiciones que tienen los pobre bichos como vos, agregaste: "El amor es sublime, yo no le pido nada, sólo que sepa que la he amado como nunca amé a nadie. Que la sueño. Que duermo con usted casto como un niño. Que nunca pude hacerme una paja pensando en usted, y yo Mariana, he pasado siglos haciéndome la paja. Pero usted era demasiado pura para pensarla debajo o encima mío. No había lugar para su cuerpo sino en otro terreno. No en mi cama. Cuando pienso en usted la siento dentro de mí, tocándome yo la toco. Yo no soy yo, no existo más, todo está invadido por su figura. Usted es el aire, el corte del tiempo, la respiración. Soy un loco, Mariana."

Flaco, ella se alzó de la mesa, te largó un bofetón que resonó en Canadá, llamó a un grupo de amigos de la mesa cercana que se encargaron de llevarte afuera del bar y uno de ellos, alto un metro y noventa y cinco, el nuevo novio de tu Mariana, te curtió el lomo a patadas.

Los golpes no te dolieron. Te dolió otra cosa. Cómo permite dios que se ame tanto a alguien y se reciba sólo indiferencia, desprecio, cachetada. Si te hubiera

entendido. Si hubiera sabido que para vos era sublime, que lo que sentías era puro, porque cuando se ama así es puro todo, llevarla de la manito a pasear por la plaza, meterle el dedo hasta el fondo del culo, cogerla en un confesional, acariciar el hijo pateando en la barriga, invitarla a tomar un helado. Todo es puro cuando se ama así. Todo es sagrado.

Una vez a la semana, una vez al mes al menos, debería haber lugares donde uno va a que lo abracen, lo acunen un poquito. Todos tenemos derecho a un poco de ternura. ¿Qué es un adulto sino un niño al que se le cayó una montaña de años encima?

Pero no. No quiso verte más, ni oírte. Te dijo que le dabas asco. Y aquí te derrumbaste, porque no podías darle asco. Porque hubieras aceptado la derrota de tu amor si ella lo hubiera transformado en amistad.

Porque tu pensamiento viajaba en la noche, abrías su puerta, sentado sobre su cama, secaba el hilo de saliva de su boca entreabierta, sonreía como un niño al verla dormida. Acariciaba sus cabellos, la curva del cuello. Y en puntas de pie se marchaba para que no se despertara

para que nunca se despertara por tu culpa.

Si ella te hubiera amado, hubieras tenido la fuerza para continuar con tus quimeras, organizando acciones en el barrio, convenciendo a la gente a luchar por una casa mejor, por escuelas. Hubieras seguido gastando el dinero que no tenías en programar películas decentes, en comprar libros para la biblioteca. Si ella te hubiera amado, hubieras suplido con su amor la deserción de los otros, la derrota.

Dejaste de comer, de trabajar, si los pibes gritaban les tirabas los títeres en la cabeza, y claro, los pendejos los destrozaban y las maestras escandalizadas no te pagaban nada. Te volvió la gastritis, la úlcera, otra operación. No querías más vivir. Te aferrabas a esa boluda como un náufrago a una balsa. Ella lo supo y por compasión te vino a ver. Pero vos te diste cuenta que era solo piedad lo que la movía. Te sentiste mejor, te dieron de alta, y apenas fuera del hospital te compraste la cuerda y dejaste una notita, insulsa, romántica:

"No se culpe a nadie, pero había una música, un canto, y yo no lograba

escucharlo... yo no me he muerto. Sólo he viajado a escuchar ese canto más de cerca. Es que, disculpen todos, siempre fui un desorejado".

Y ahora es hora, flaco. No vino nadie. A nadie le hace gracia velar a un ahorcado. Es como si el muerto se burlara de uno con esa lengua de medio metro. Se ca además, así que ni siquiera se puede matar el tiempo escribiendo postales y usando la lengua para pegar las estampillas.

El último brindis, vieja. No llores. Todos se mueren, morir no es nuevo, y mientras hubo amor y fe, valió la pena vivir. Tus cartas, fueron perlas durante los años de ausencia. Endulzaban mi existencia.

Cargá tus cosas, flaco, tus ideas, tu viejo, tu amor imposible, tu infancia. El horno está encendido, hay viento y tus cenizas volarán bien al carajo. Vamos, flaco, inclínate bien, tu equipaje no pesa, y el paso más importante ya lo diste cuando te colgaste de la cuerda. Es una formalidad, al menos así no te pondrán en formol para usarte como esqueleto en la facultad de medicina. Hubiera sido cómico no, porque ella estudia para recibirse de doctora. Y con el asco que te tenía, que hubiera debido estudiar anatomía tocándote las costillas o el fémur, o los dientes de tu calavera. ¿Ves como no todo es jodido? ¿Ves que a cada cosa se le puede ver el lado chistoso?

Vamos al horno, hermano, allí está calentito. No es el calor del corazón, no es el calor del amor, pero es calor al menos. Y durmiéndonos mientras nos volvemos humo podemos confundirlo, y soñar que es ella la que nos cubre, que es ella la que nos acaricia, que es ella la que nos besa.

César Brie. Correo electrónico: cesarbrie@pelicano.cnb.net

Todos los derechos reservados

Buenos Aires. Mayo 2005

CELCIT. Centro Latinoamericano de Creación e Investigación Teatral
www.celcit.org.ar. e-mail: correo@celcit.org.ar